

Tema: Trabajando Juntos.

Texto Bíblico: Éx: 35.

Introducción:

El cap. 35 de Éxodo nos da una descripción del plan de Dios para construir el Tabernáculo. Aunque Dios pudo haberlo hecho sobrenaturalmente, prefirió usar la mano de obra y los dones de su pueblo. Para construir dicho lugar de reunión los israelitas tenían que trabajar juntos en un espíritu de cooperación con la meta de alcanzar un fin común. Amados hermanos, necesitamos ver en este texto el valor de trabajar juntos para llevar a cabo el plan de Dios para su reino. Necesitamos ver, que siempre que el pueblo de Dios trabaja junto, ocurren grandes cosas para la eterna gloria del Señor.

1. Dar de corazón.

a) Un corazón dispuesto.

En este cap. 35, Moisés reunió a los hijos de Israel para entregarles los mandatos que Dios les había dado en los cap. 25 – 31. Este era un gran llamado a la acción de parte de Dios para su pueblo. Después de todas las dificultades de la primera experiencia en el desierto y el desafío de los Diez Mandamientos, ahora se había acercado el tiempo para construir un tabernáculo para honrar a Dios. Por medio de Moisés, Dios hizo un llamado a todo el que deseara ofrendar al Señor para poder construir un lugar de adoración. Moisés llamó a toda la congregación para que todos tuvieran la oportunidad de participar en este proyecto que Dios había ordenado.

Amados hermanos, Dios siempre honra a quienes obedecen se voluntad motivados por el deseo de agradarle a Él sobre todas las cosas. Un corazón dispuesto da la idea de servir a Dios movido por un profundo sentido de responsabilidad y amor. Es el amor y la gratitud lo que más que cualquier otra cosa nos motiva a servir. La voluntad de servir a Dios abarca el concepto de ofrecernos a Dios para cualquier servicio que Él desee que hagamos.

b. Un espíritu sumiso.

En los vers. 5 y 21 encontramos el llamado de Dios a su pueblo para traer las ofrendas y la respuesta de ellos a dicho llamado. Dios desea que un espíritu de cooperación conmoviera el corazón de su pueblo. Después que Moisés le dijo al pueblo lo que Dios quería, ellos regresaron a sus tiendas pensando en lo que Dios deseaba que cada uno hiciera. A medida que la generosidad pareció apoderarse tanto de hombres y mujeres, el pueblo comenzó a traer sus ofrendas al Señor. La reacción a la apelación de Moisés de parte de los hijos de Israel fue tan grande que él tuvo que pedirles que ya no dieran más (36: 6, 7). Sin embargo, esto casi siempre es la excepción y no la norma. Pero la conclusión que debemos sacar es que si este pueblo errante dio tan generosamente ¿podemos nosotros hoy ser tan descuidados? El mismo espíritu de generosidad debe ser parte integral de la iglesia hoy para que la obra de Dios siga creciendo y prosperando.

2. Usar las habilidades que Dios nos da.

a. Llenos del Espíritu de Dios.

De entre todos los israelitas, Dios se propuso reunir a un grupo de artistas que pudieran llevar a cabo el plan de Dios para levantar el tabernáculo. En el vers. 31 explica el ingrediente especial para el liderazgo de Bezaleel: “*Jhová... lo había llenado del Espíritu de Dios*”. Esta divina presencia impacta a los otros obreros y artesanos que tomarán parte en el proyecto. Fue a través del ministerio del Espíritu de Dios que el espíritu de cooperación prosperaría, esto era necesario para llevar a cabo la magna empresa de edificar el tabernáculo... Cf. 1 Cor. 12:11.

Nuestro Señor Jesús también ha prometido que el Espíritu Santo será para el creyente su Consolador, Ayudador, Maestro y Guía. Profesar que somos incapaces de hacer algo no es muy popular entre noso-

tros. Pero si vamos a hacer la obra de Dios, necesitamos confesar que con nuestras propias fuerzas no podemos hacer nada. El Espíritu Santo nos da a cada uno las herramientas exactas para cumplir nuestra misión. No debemos temer al desafío que nos espera; más bien, debemos confiar que el Espíritu Santo nos dará lo que necesitamos para enfrentar cada obra.

Fue el Espíritu Santo quién llenó de sabiduría, voluntad y ciencia *a los que se dispusieron a trabajar en diferentes tareas*. A través de la obra del Espíritu Santo, lo natural tiene la potencialidad de volverse sobrenatural. Lo llamemos habilidades, dones o liderazgo, Dios siempre nos dará todo lo que necesitamos para hacer su obra. Notamos en este capítulo cómo Dios quiere que se hagan las cosas: como Él quiere, no como nosotros queremos. Se trataba de construir la morada de Dios, así como hoy se trata de trabajar en el reino de Dios, no como nosotros creemos que está bien, sino como el Soberano ha establecido en su Palabra la manera en que le agrada.

Por eso es que en 35.10-19 Moisés pidió a las personas que tuviesen diferentes dones que lo ayudaran con el tabernáculo. Todas las personas del pueblo de Dios han sido dotadas con dones. Somos responsables de desarrollar esos dones, incluso hasta los que no consideramos "religiosos", y usarlos para la gloria de Dios. Podemos llegar a tener habilidad por medio del estudio, al observar a otros y a través de la práctica. Descubra, acepte y crea las habilidades o dones que tiene y úselos para glorificar a Dios ayudando en su iglesia o comunidad.

b. Maestros artífices.

Para la labor específica de construir el tabernáculo, Dios llamó a un hombre llamado Bezaleel. Su nombre significaba *en la sombra de Dios*. El había de ser el maestro artífice del Tabernáculo. El vers. 31 explica que el Espíritu Santo lo había llenado en *sabiduría, en inteligencia y en todo arte*. Dios llamó no sólo a Bezaleel, sino también a otro hombre llamado Aholiab para ayudar a construir el tabernáculo. Aholiab era muy hábil en el trabajo con textiles. Los colores, las joyas y las telas tenían que armonizar con el **diseño de Dios** para el tabernáculo. Estos hombres a su vez **enseñaron a otros** los oficios necesarios para completar el Tabernáculo. Estos hombres no estaban solamente para diseñar y trabajar; además **debían enseñar a** los otros.

Los que dirigen deben enseñar; y aquellos a quienes Dios ha dado conocimientos deben estar dispuestos a darlos a conocer para beneficio del prójimo. (2Ti 2:2)

Amados hermanos, siempre que Dios les da a sus hijos un plan divino para edificar su reino, también proveerá los medios, proveerá las herramientas para cumplir la tarea.

3. Contribuir generosamente.

a. Movidos para Dios.

Después que Moisés presentó el plan de Dios para la construcción del Tabernáculo, ocurrió algo realmente maravilloso en el corazón del pueblo de Dios. Éxodo: 36: 2 dice que el pueblo vino de todos los rincones para contribuir en la Obra del Señor. *Todo hombre que fue movido en su corazón* vino a trabajar en el tabernáculo. La entrega de estos hombres movidos por Dios permitió que se terminara la construcción con gran éxito.

Si queremos que nuestra iglesia, nuestra denominación, trabaje con gran éxito, debemos escuchar el llamado que Él nos hace y hagamos cada uno lo que tenemos que hacer, demos solución a los problemas con acciones que agraden al Señor, que sean para Su Gloria y beneficio de los santos.

Hay quienes dan para la obra del Señor por muchas razones, pero la más grande debe ser el amor y la gratitud. La obediencia y el amor de los israelitas hacia Dios les hicieron dar más allá de los diezmos. Su generosidad en dar fue el resultado de su entrega a Dios y del llamado de Moisés. Su respuesta a Moisés fue una respuesta a Dios. De su disposición de amar y adorar a Dios fluyó un sentimiento de generosidad que los dispuso a sacrificarse a pesar de su propio sufrimiento o pobreza. Conforme el amor de Dios

Reflexión Pastoral

Por: Pastor Seminarista. Juan Waldo Herrera Miranda
I.C.R en Jagüey Grande

conmueve nuestros corazones, nos volvemos más dispuestos a hacer lo que sea necesario para cumplir la obra.

¿Qué es lo que nos motiva a sacrificarnos o a dedicarnos a la obra del Señor? ¿Un profundo deseo de ser reconocido, sentirnos autosatisfechos, sentirnos imprescindibles o un profundo amor hacia Dios y su obra?

b. Más de lo necesario.

Un resultado de la persona que es movida a dar para Dios es que tiene un corazón generoso. El vers. 5 afirma que el pueblo dio con tanta generosidad para la obra que Moisés finalmente tuvo que decirles que no trajeran más. Ellos habían estado dispuestos a cooperar y se había unido en un solo esfuerzo como pueblo, de manera que no faltó nada para la construcción del Tabernáculo. No hay límites a lo que el pueblo de Dios puede llegar y lograr cuando se une para cualquier tarea mandada por Dios. Cuando los hijos de Israel respondieron al llamado de Dios para construir el Tabernáculo, su recompensa fue que pudieron terminar dicha tarea. Tenían un propósito, tenían el plan de Dios, y trabajaron juntos para terminar la obra que Dios les había asignado. La cooperación que exhibieron es un gran testimonio para el creyente de hoy que le permite ver todo lo que puede lograrse con la ayuda de Dios y cooperación de todos los hermanos en la fe.

Conclusión:

Amados hermanos, hemos contemplado que la cooperación en el pueblo de Dios los llevó a ver prosperar el trabajo de Dios en gran manera. Igualmente, Dios desea que su pueblo de la presente época, de este nuevo milenio trabaje unido para edificar el reino, su reino, el reino de Dios. Cuando la gente tiene un mismo propósito en mente, se abren las ventanas de la bendición de Dios. El resultado de trabajar juntos produce grandes beneficios que hacen que el servicio a Dios sea una experiencia hermosa. Este mismo espíritu nos dispone a dar de nuestro dinero, nuestro tiempo y nuestros dones. Es un gran gozo ser usado por Dios en el ministerio de edificar y propagar su reino. Cuando Dios mueve nuestros corazones, como movió el corazón de los israelitas, Él prosperará nuestros esfuerzos tal como prosperó los de ellos. Respondamos al llamado de Dios en nosotros y seamos un instrumento en sus manos para edificar su reino.

Quienes son diligentes y están contentos con empleos considerados bajos, son tan aceptables por Dios como quienes están en servicios espléndidos. Así, el labrador, el mecánico, o el siervo que atiende a su trabajo con fe y temor de Dios, puede ser tan sabio, en su lugar, como el ministro más útil y ser igualmente aceptado por el Señor. Nuestra sabiduría y deber consisten en dar a Dios la gloria y la utilidad de nuestros dones sean muchos o pocos.

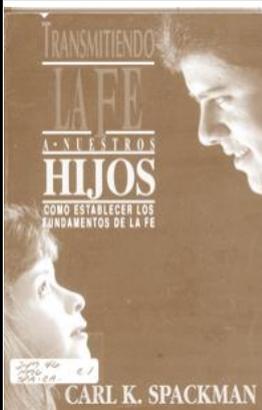
Entre Libros

Entre Libros

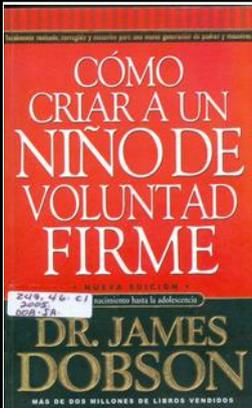
Disponibles en nuestra Biblioteca Ahora



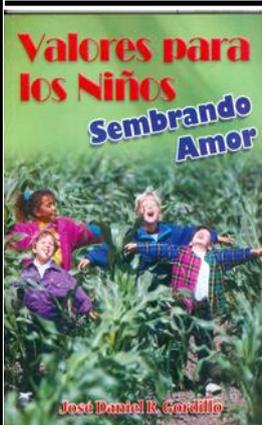
De la Editorial CLIR, es un conjunto de preguntas y respuestas sobre la enseñanza de la Biblia. Este método ha sido usado por los padres por cientos de años para inculcar la fe a sus hijos y formar su identidad cristiana. Éste particularmente se basa en el Catecismo Menor de Westminster y se dirige a los niños pequeños, siendo ideal para la memorización de los temas bíblicos más importantes que le permitan al niño, una vez adulto, defender con argumentos su fe.



Este libro de Carl K. Spackman, pastor en Pennsylvania, se basa en amplios estudios de su autor. Muchos padres cristianos experimentan dolor cuando ven a sus hijos apartarse de la fe que de niños les inculcaron. El Dr. Spackman desarrolla importantes principios bíblicos basados en las Escrituras para ayudar a los padres a afrontar el desafío de asentar firmemente las bases espirituales que permitan que sus hijos, una vez crecidos, anden en la fe.



Muchos padres se sienten desesperados ante los niños voluntariosos, las rivalidades entre hermanos pequeños, los adolescentes rebeldes, y otros desafíos de esta índole. ¿Cómo criarlos? Se necesita de la disciplina y el discernimiento adecuado. El Dr. James Dobson ofrece pautas prácticas de crianza, basándose en investigaciones y años de experiencia como consejero familiar.

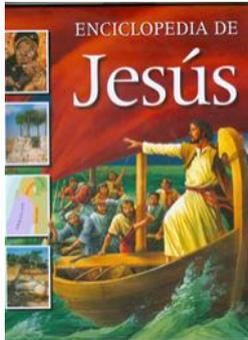


Sembrar valores en los niños es vital para su posterior desarrollo como buenos cristianos y ciudadanos. No puede perderse de vista que una sociedad será tan sana como fiel sea la transmisión de sus virtudes morales. José Daniel R. Gordillo nos adentra en este importante tema de forma práctica y amena.

Entre Libros

Entre Libros

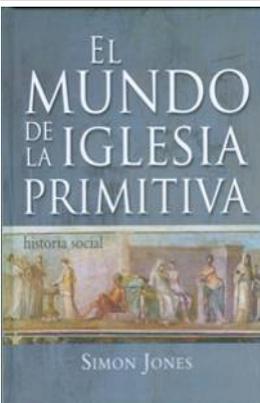
Disponibles en nuestra Biblioteca Ahora



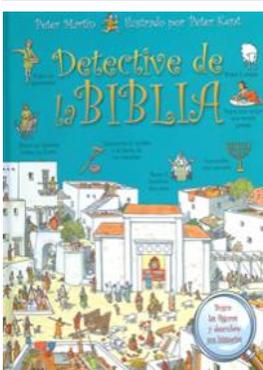
Lois Rock nos ofrece un acercamiento erudito y conciso al mundo de los Evangelios y a la vida del Señor. Bellamente ilustrado es ideal para llevar a los jóvenes a la comprensión y contextualización de la historia que va desde el nacimiento de Jesús hasta los Hechos de los Apóstoles.



Redactado como un juego para “jóvenes detectives astutos”, contiene un resumen de varios de los principales personajes de la Biblia. El lector infantil se divertirá a la vez que aprenda y se familiarice con las distintas historias que se recogen en él. Ideal como material para competencias de conocimiento.



El mundo de los Evangelios y la Iglesia Primitiva de tiempos de los apóstoles nos ha llegado en la forma de datos fragmentarios y a menudo inconexos. Ello causa que nuestro entendimiento del Nuevo Testamento se quede a menudo oscurecido y a medias. Simón Jones nos da una breve aunque profunda panorámica del contexto histórico-social en que tuvo lugar la Encarnación del Señor y su predicación por aquellos que presenciaron Su Resurrección.



“Detective de la Biblia” también está diseñado para que los niños aprendan jugando. En lugar de ir describiendo los personajes, esta vez Peter Martin se concentra en las historias que comunica a las mentes infantiles mientras encuentran objetos y personajes perdidos. Ideal para que varios niños compitan jugando juntos.

No es suficiente una cristiandad externa

1. Preguntemos a aquellos que no poseen nada más que la membresía de una iglesia, y que a pesar de ello desean llamarse cristianos. ¿Cómo pueden glorificar el sagrado nombre de Cristo? Únicamente aquel que ha recibido el verdadero conocimiento de Dios por medio de la Palabra del Evangelio puede llegar a tener comunión con Cristo. El apóstol dice que nadie que no ha puesto de lado la vieja naturaleza con su corrupción y sus concupiscencias puede decir que ha recibido el verdadero conocimiento de Cristo. El conocimiento externo de Cristo es sólo una creencia peligrosa, no importa lo elocuentes que puedan ser las personas que lo tienen.
2. El evangelio no es una doctrina de la lengua, sino de vida. No puede asimilarse solamente por medio de la razón y la memoria, sino que llega a comprenderse de forma total cuando posee toda el alma y penetra en lo profundo del corazón. Los cristianos nominales deben cesar en su actitud de insultar a Dios jactándose de ser aquello que no es. Debemos asignar un primer lugar al conocimiento de nuestra fe, pues éste es el principio de nuestra salvación. A menos que nuestra fe o religión cambie nuestro corazón y nuestra actitud y nos transforme, además, en nuevas criaturas, no nos será de mucho provecho.
3. Los filósofos condenan justamente y excluyen de su compañía a todos aquellos que profesan conocer el arte de vivir la vida, pero que en realidad no son sino niños balbucientes. Con mucha más razón los cristianos deberían detestar a aquellos que tienen el evangelio en sus labios pero no en sus corazones. Si se comparan con las convicciones, los afectos y la energía sin límites de los verdaderos creyentes, las exhortaciones de los filósofos son frías y sin vida. Ver Efes. 4:20 y ss.

Es necesario el progreso espiritual

1. No debemos insistir en una perfección absoluta del evangelio en nuestros compañeros cristianos por más que luchemos por conseguirla nosotros mismos. Sería injusto demandar una perfección evangélica antes de que sepamos si una persona es un verdadero cristiano. Si pusiéramos una norma de perfección total para los cristianos, no podría existir ninguna iglesia, puesto que todos distamos mucho de ser el verdadero cristiano ideal. Además, tendríamos que rechazar a muchos que sólo pueden hacer un lento progreso.
2. La perfección debe ser la meta final a la cual dirigimos, y el propósito supremo en nuestras vidas. No es justo que hagamos un compromiso con Dios en el que tratemos de cumplir parte de nuestras obligaciones y omitamos otras según nuestro gusto y antojo. Antes que todo, el Señor desea sinceridad en su ser-

vicio y sencillez de corazón, sin engaño ni falsedad. Una dualidad de mente está en conflicto con la vida espiritual, puesto que ésta implica una devoción sincera a Dios en la búsqueda de la santidad y la rectitud. Nadie en esta prisióon terrenal del cuerpo tiene suficientes fuerzas propias como para seguir adelante con una constante vigilancia y desvelo. Además, la gran mayoría de los cristianos padecen de una debilidad tal, que se desvían o se detienen en su progreso espiritual, haciendo, en consecuencia, avances muy lentos y escasos.

3. Dejemos que cada uno proceda de acuerdo a la habilidad que le ha sido dada y continúe así el peregrinaje que ha empezado. No hay hombre tan infeliz e inepto que de tanto en tanto no haga un pequeño progreso. No cesemos de hacer todo lo posible para ir incesantemente hacia adelante en el camino del Señor: y no desesperemos a causa de lo escaso de nuestros logros. Aunque no lleguemos al nivel espiritual que esperamos o deseamos, nuestra labor no está perdida si es que el día de hoy sobrepasa en calidad espiritual al de ayer.
4. La única condición para el verdadero progreso espiritual es que permanezcamos sinceros y humildes. Mantengamos en mente nuestra meta final y vayamos hacia ella con toda nuestra voluntad. No caigamos en el orgullo ni nos entreguemos a pasiones pecaminosas. Ejercitémonos con diligencia para alcanzar una norma más alta de sanidad, hasta que hayamos llegado a lo mejor de nuestra calidad espiritual, en la que debemos persistir a lo largo de toda nuestra vida. Únicamente lograremos la perfección absoluta cuando, liberados ya de este cuerpo corruptible, seamos admitidos por Dios en Su Presencia.

CAPITULO 2: AUTO NEGACIÓN

No nos pertenecemos, somos del Señor

1. La ley divina contiene un plan adecuado y ordenado para la regulación de nuestra vida: pero nuestro Padre celestial ha querido dirigir a los hombres por medio de un principio clave excelente. Es el deber de todo creyente presentar su cuerpo como un sacrificio vivo, santo, aceptable a Dios, como indica la Escritura. En esto consiste la verdadera adoración. El principio de la santidad nos lleva a la siguiente exhortación: *No os adaptéis a las formas de este mundo, sino transformados por medio de la renovación de vuestra mente, para que comprobéis cuál es la voluntad de Dios; lo bueno, lo que le agrada, y lo perfecto* (Rom. 12:2). Es muy importante que estemos consagrados y dedicados al Señor, pues eso significa que pensamos, hablamos, meditamos o hacemos cualquier cosa teniendo como motivo principal la gloria de Dios. Recordemos que aquello que es sagrado no puede apli-

carse a usos impuros sin cometer una seria justicia y agravio a Dios.

2. Si no somos nuestros y pertenecemos al Señor, debemos huir de aquellas cosas que le desagradan y encauzar nuestras obras y nuestros hechos a todo aquello que Él aprueba. Basándonos en el hecho de que no nos pertenecemos, tendríamos que aceptar que ni nuestra razón ni nuestra voluntad deberían guiarnos en nuestros pensamientos y acciones. Si no somos nuestros, no hemos de buscar satisfacer los apetitos de nuestra carne. Si no somos nuestros, entonces olvidémonos de nosotros mismos y de nuestros intereses todo cuanto nos sea posible. Pertenecemos a Dios; por lo tanto, dejemos de lado nuestra conveniencia y vivamos para Él, permitiendo que Su sabiduría guíe y domine todas nuestras acciones. Si pertenecemos al Señor, dejemos que cada parte de nuestra existencia sea dirigida hacia Él. Ésa debe ser nuestra meta suprema.
3. ¡Cuánto ha avanzado aquel hombre que ha aprendido a no pertenecerse a sí mismo, ni a ser gobernado por su propia razón, sino que rinde y somete su mente a Dios! El veneno más efectivo que lleva a los hombres a la ruina es el hecho de jactarse en sí mismos, en el poder y la sabiduría humana. La única salida para zafarse de este autoengaño es sencillamente seguir la guía del Señor. Nuestro primer paso debería ser el de aplicar todo nuestro poder al servicio del Señor.
4. El servicio del Señor no solo implica una auténtica obediencia, sino también la voluntad de poner aparte los deseos pecaminosos y rendirse completamente al liderazgo del Espíritu Santo. La transformación de nuestras vidas por medio del Espíritu Santo es lo que Pablo llama la renovación de la mente. Éste es el verdadero principio de la vida, el cual los filósofos de este mundo desconocen. Los filósofos paganos ponen la razón contra la única guía de la vida, de la sabiduría y la conducta, pero la filosofía cristiana nos demanda que rindamos nuestra razón al Espíritu Santo, lo que significa que ya no vivimos más para nosotros mismos, sino que Cristo vive y reina en nuestro ser. Ver Rom. 12:1; Efes. 4:23; Fil. 2:20.

Buscar la gloria de Dios implica un auto negación.

1. No busquemos nuestros propios intereses, sino aquello que complace al Señor y contribuye a promover su gloria. Hay una gran ventaja en olvidarnos prácticamente de nosotros mismos y en dejar de lado todo aspecto egoísta: pues así podemos enfocar nuestra devota atención a Dios y Sus mandamientos. Cuando la Escritura nos dice que descartemos todas las consideraciones personales y egoístas, no sólo excluye

de nuestras mentes el deseo de riquezas de poder y el favor de los hombres, sino que también hace desvanecer de nuestra imaginación las falsas ambiciones, los apetitos por la gloria humana, y otras maldades secretas. Todo creyente debe tener el deseo ferviente de contar con Dios para cada momento de su vida.

2. Un cristiano medirá todas sus acciones por medio de la ley de Dios, y sus pensamientos secretos estarán sujeto su divina voluntad. Si un hombre ha aprendido a depender de Dios para cada empresa de Su vida será liberado de todos sus vanos deseos. La negación de nosotros mismos, que ha sido tan diligentemente ordenada por Cristo a Sus apóstoles desde el principio, terminará dominando todos los deseos de nuestros corazones. Esta negación de nosotros mismos no dejará lugar para el orgullo, la arrogancia, la vanagloria, la avaricia, la licencia, el amor a la lujuria, al lujo, o cualquier otra cosa nacida del amor al 'yo'. Sin el principio de la auto negación el hombre es llevado a la indulgencia por los vicios más grotescos sin un mínimo de vergüenza, y si es que hay alguna apariencia de virtud en él, la misma se desvanece por una pasión desordenada que busca su propia gloria. Mostradme un solo hombre que no crea en la santa ley de Dios o en la auto negación, y que aun así practique la virtud entre los hombres.
3. Todos aquellos que no han sido influidos por el principio de la auto negación, han procurado de algún modo seguir la virtud, pero lo han hecho con el deseo de conseguir la alabanza por parte de los demás hombres. Aun los filósofos que sostienen que la virtud es algo deseable por sí misma, se han enaltecido en su arrogancia, demostrando que no desean la virtud sino para tener una oportunidad de ejercitar su orgullo. Dios no se complace en absoluto con aquellos que son ambiciosos y altivos, y cuyos corazones están llenos de orgullo y presunción. De estos hombres el Señor dice que ya tienen su recompensa en este mundo, y que las ramera y los fariseos (arrepentidos), están más cerca que ellos del reino de los cielos.
4. Incontables son los obstáculos del hombre que desea hacer lo que es concepto y al mismo tiempo se resiste a negar su "yo". Desde la antigüedad se sabe que hay todo un mundo de vicios escondido en el alma humana, pero el auto negación cristiana es el remedio para acabar con todos. Solo hay liberación para el hombre que renuncia a su egoísmo, y cuya única meta es agradar al Señor y hacer lo que es bueno delante de Sus ojos.

Auto negación significa" sobriedad, justicia y devoción.

1. El apóstol Pablo nos da un breve resumen de una

vida bien regulada cuando le dice a Tito: “Porque la gracia de Dios se ha manifestado para ofrecer salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo de su propiedad, celoso de buenas obras” (Tít. 2:11-14). Pablo declara que necesitamos la gracia de Dios como estímulo para nuestras vidas, pero que para llegar a una verdadera adoración deben quitarse de en medio dos obstáculos: primero, la falta de devoción a la cual estamos fuertemente inclinados, y luego la concupiscencia de la carne que trata de agobiarnos y abrumarnos. La falta de piedad y devoción no sólo da lugar a las supersticiones, sino a todo aquello que estorba el santo temor hacia Dios. Las concupiscencias mundanas representan o simbolizan las afecciones carnales. Pablo nos urge a que dejemos de lado nuestros deseos anteriores, los cuales están en conflicto permanente con las dos tablas de la Ley, y que renunciemos a todos los dictados de nuestra propia razón y voluntad.

2. El apóstol resume todas las acciones de la nueva vida en tres grupos: sobriedad, justicia y piedad. Indudablemente la sobriedad significa castidad y templanza, y también el uso puro y frugal de las bendiciones temporales, incluyendo la paciencia en la pobreza. La rectitud incluye todos los deberes de la justicia, de modo que cada hombre reciba lo que le corresponde. La piedad nos separa de la contaminación del mundo y, por medio de la verdadera santidad, nos une a Dios. Cuando las virtudes de la sobriedad, la justicia y la piedad están firmemente unidas, producen una absoluta perfección.
3. Nada es más difícil que dejar de lado los pensamientos carnales, someter y renunciar a nuestros falsos apetitos, y consagrarnos a Dios y a nuestros hermanos, viviendo así una vida de ángeles en un mundo de corrupción. Para librar nuestras mentes de todo engaño. Pablo llama nuestra atención a la esperanza de una bendita inmortalidad, y nos anima para que sepamos que nuestra esperanza no es en vano. Así como Cristo apareció una vez como Redentor, Él vendrá otra vez para mostrarnos los beneficios de la salvación que hemos obtenido. El Señor Jesucristo nos quita de nuestra mente los encantos que nos ciegan, y nos, impide volver a desearlos, dándonos un justo celo por la gloria celestial. Cristo también nos enseña para que vivamos en este mundo como “extranjeros y peregrinos”, de modo que no perda-

mos nuestra herencia en los cielos. Ver Tít. 2:11-14.

La verdadera humildad significa respeto por los demás.

1. La auto negación se refiere en parte a: los hombres, pero más principalmente a Dios. Cuando la Escritura nos ordena conducirnos de tal manera para con nuestros semejantes, de modo que preferimos a los demás antes que a nosotros mismos, nos está dando un mandamiento de tal envergadura que no podemos recibir a menos que primero seamos curados de nuestra naturaleza pecaminosa. Estamos tan cegados y trastornados por el amor propio, que imaginamos que tenemos el justo derecho de exaltarnos y menospreciar a los otros al compararlos con nosotros mismos. Si Dios ha derramado sobre nosotros un don excelente, pero imaginamos que el mismo se debe a nuestro propio logro, acabaremos henchidos de orgullo.
2. Todos estamos llenos de vicios que escondemos cuidadosamente de los demás, y nos engañamos pensando que son cosas pequeñas y triviales. Es más, a veces los estimamos como verdaderas virtudes. Si los mismos talentos que admiramos en nosotros (o aún mejores) los vemos en nuestro prójimo, con toda malignidad los despreciamos y los tenemos en poco, para así no tener que reconocer la superioridad de nuestros semejantes. Si los otros tienen algún vicio, no nos contentamos con criticarlos aguda y severamente, sino que nos permitimos exagerarlos con todo nuestro odio. El odio da paso luego a la insolencia, pues deseamos ser más excelentes que el resto de la humanidad, y nos imaginamos que no pertenecemos al común de la gente, considerando a los demás como seres inferiores.
3. El pobre se rinde ante el rico, la gente común a la que cree superior, los siervos a sus amos, los ignorantes a los estudiosos: pero no hay nadie que no se crea que él es superior a los demás. Cada uno se adula a sí mismo y levanta un verdadero reinado en su “ego” interior, todos deseamos complacernos a nosotros mismos y censurar las ideas y conducta de nuestros semejantes, y en caso de que surja una diferencia, se convierte en una verdadera explosión de veneno. Muchos pensamos que otras personas son amables y encantadoras mientras no nos contradigan, pero ¿cuántos de nosotros nos mantenemos en calma y de buen humor si los demás se perturban o irritan?
4. Para poder vivir felices hemos de arrancar de nuestro corazón los malos pensamientos y deseos de falsa ambición y amor propio desde las mismas raíces. Si prestamos atención a las instrucciones de las Escrituras, observamos que nuestros talentos no nos pertenecen, sino que son dones que el Señor nos da en su

gracia infinita. Si nos enorgullecemos de nuestros talentos, estamos siendo ingratos para con Dios. “*Porque ¿quién te distingue?, ¿o qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué le glorías como si no lo hubieras recibido?*” (1 Cor. 4:7). Debemos velar y ser conscientes de nuestras faltas, así como verdaderamente humildes. De este modo no nos inflaremos de orgullo, sino que, por el contrario, tendremos grandes razones para sentirnos abatidos.

5. Por otra parte, cuando vemos algún don de Dios en otra persona, no debemos estimar solamente el don, sino también a su poseedor, pues sería una maldad de nuestra parte robar a nuestro hermano el honor que le ha sido dado por Dios. Se nos ha enseñado a pasar por alto las faltas de los demás, y no a fomentarlas por medio de la adulación. Nunca deberíamos injuriar a otros por sus faltas, pues es nuestro deber mostrar amor y respeto para con todos. Si prestamos atención al honor y la reputación de los demás, quienquiera que ellos sean, aprenderemos a conducirnos no solamente con moderación y excelente humor, sino con educación y un amplio sentido de la amistad. Nunca llegaremos a la verdadera humildad de ningún otro modo que no sea humillándonos y honrando a nuestro prójimo desde lo profundo de nuestros corazones. Ver Rom. 12: 10; Fil. 2:4; 1 Cor. 4:7.

Debemos buscar el bien de los demás creyentes.

1. Cuán extremadamente difícil nos es procurar el bien de nuestro vecino, a menos que dejemos de lado todas las consideraciones egoístas y nos olvidemos de nosotros mismos. ¿Cómo podemos llevar a cabo los deberes que Pablo nos enseña como obras de amor, a menos que renunciemos a nosotros mismos y nos dediquemos enteramente a los demás? “*El amor es paciente, es servicial; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se engríe; no hace nada indecoroso, no busca su propio interés, no se irrita, no toma en cuenta el mal; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad*” (1 Cor. 13:4-6).
2. Aunque solamente se nos ordenase que no buscásemos nuestro propio beneficio, deberíamos, con todo, seguir ejerciendo una considerable presión sobre nuestra vieja naturaleza, pues está tan fuertemente inclinada a amar exclusivamente al “yo”, que no estaría dispuesta fácilmente a dejar de lado sus intereses egoístas. Busquemos, más bien, el provecho de los demás, y aun en forma voluntaria renunciemos a nuestros derechos por el bien de nuestro prójimo. Las Escrituras nos urgen y nos advierten para que consideremos que cualquier favor que obtengamos del Señor lo hemos recibido con la condición de que lo apliquemos en beneficio común de la iglesia.
3. Hemos de compartir liberal y gustosamente todos y cada uno de los favores del Señor con los demás, ya que esto es lo único que los legitima. Todas las bendiciones de que gozamos son depósitos divinos que hemos recibido con la condición de que los distribuyamos a los demás. No podríamos imaginar un cometido más apropiado o una sugerencia más poderosa que ésta.
4. De acuerdo a las Escrituras nuestros talentos personales han de ser comparados con los poderes conferidos a los miembros del cuerpo humano. Ningún miembro del cuerpo mantiene su fuerza para sí mismo, ni la aplica para su uso exclusivo, sino solamente para el provecho de los demás. De igual modo, ningún miembro de la iglesia recibe ventajas de su propia actividad, sino a través de su cooperación con la totalidad del cuerpo de creyentes. Cualquier habilidad que un fiel cristiano tenga, debe dedicarla al servicio de sus compañeros creyentes. También debería someter, con toda sinceridad, sus propios intereses al bienestar común de la iglesia. Hagamos nuestra esta regla de buena voluntad y amabilidad, para que cuando tengamos la ocasión de ayudar a los demás, podamos comportarnos como quien algún día dará cuenta de sus propios actos, recordando siempre que la distribución de los beneficios se ha de determinar en armonía con la ley del amor. En primer lugar no debiéramos intentar promover el bien de los demás buscando el nuestro propio, sino preferir el beneficio de los otros por lo que en sí mismo significa.
5. La ley del amor no sólo concierne a los beneficios considerables, pues desde la antigüedad Dios nos ha ordenado que la recordemos y la pongamos en práctica aun en los pequeños favores de la vida. Dios ordenó al pueblo de Israel que le ofreciese los primeros frutos del grano, como una muestra solemne de que les era ilegítimo gozar de una bendición que previamente no hubiera sido ofrecida a Él. Si los dones de Dios no son parte de nuestra vida santificada y no los dedicamos con nuestras propias manos a Su Autor, seríamos culpables de un abuso pecaminoso de ellos si desecháramos tal dedicación.
6. En vano podríamos intentar enriquecer al Señor mediante la distribución de los talentos y de los dones. Como nuestras bondades no pueden alcanzar al Señor, como dice el salmista, hemos de ejercitarlo en favor de «*los santos que están en la tierra*». La Escritura compara las limosnas con las ofrendas sagradas, para así mostrarnos que los ejercicios de caridad bajo el evangelio han tomado el lugar de los sacrificios bajo la ley del Antiguo Testamento. Ver. 1 Cor. 13:4-8; Sal. 16:2-3. (Continuará)

Recursos Litúrgicos

Por: MSc. Heber J. Sánchez Ordóñez

Seis meses más cerca del aniversario 500 del inicio de la Reforma protestante del siglo XVI, terminamos de reflexionar en su aporte litúrgico a la oración de los fieles, que tuvo como finalidad promover la piedad tanto personal, como familiar y corporativa.

Dicha Reforma devolvió a la comunidad de los fieles el lugar que le corresponde dentro de la adoración al Señor. De un culto secuestrado y limitado al clero, con un Dios que sólo se dignaba hablar a los sacerdotes desde alturas inalcanzables, tras las nubes de incienso, se pasó repentinamente a una liturgia comunitaria, donde cada cristiano goza de libre acceso al Padre gracias a la obra completa de Jesucristo.

La Iglesia entonces recuperó su consciencia de cuerpo de Cristo, de instrumento dinámico y activo de la Trinidad: amada de Dios Padre, esposa redimida del Dios Hijo, y habitáculo del Espíritu Santo. Ya no tenía que esperar pasivamente a que la clerecía propiciara a Dios a su favor, sino que podía gozosa y comunitariamente confesar su fe y dialogar con un Dios reconciliado definitivamente por la cruz. Esto hizo que las oraciones se hicieran participativas, y llevó al Gran Sínodo de Dort a fijar textos definitivos y recogerlos en su *Orden Eclesiástico* como pautas para que fluyera la conversación entre Dios y Su pueblo en el culto dominical. Así se estableció, por ejemplo, en su artículo 62, que se refiere a la administración de la Cena del Señor, que los ministros utilizaran las oraciones compuestas para tal fin, garantizando que el pueblo pudiera intervenir en el momento establecido.

Este tipo de liturgia contribuyó a fomentar lo que Nietzsche denominó despectivamente “espíritu de rebaño”, o sea, personas que andaban juntas como ovejas y que entendían que su seguridad estaba en la unidad y cierta uniformidad de conducta. No obstante, esta denominación, aunque formulada con intención peyorativa, es casi una alabanza en términos bíblicos¹, y describe adecuadamente la idea de grupo de individuos que, más allá de su personalidad, posee una consciencia colectiva que les permite actuar como ente único y a la vez plural. Así, el “espíritu de rebaño” ha denotado el proceso mediante el cual las espiritualidades individuales, expresadas mediante oraciones particulares, confluyen, al llegar al Templo en una única, corporativa y expresada con idénticas palabras que engloban las intenciones tanto de las personas como de la iglesia entera como un todo, mientras entra en diálogo vivo, abierto y fecundo con su Creador y Redentor, convirtiéndose una vez más en oyente-interlocutora de Dios Padre, bajo la intercesión única del Hijo, movida por el fuego todopoderoso del Espíritu Santo.

He aquí las oraciones diseñadas entonces para ser usadas en el culto público:

Antifona al comienzo de la adoración pública

PASTOR:	Nuestro socorro es en el nombre de Jehová,
CONGREGACIÓN:	que hizo los cielos y la tierra.
PASTOR:	Bendito sea el Nombre del Señor
CONGREGACIÓN:	desde el alba hasta el ocaso.
PASTOR:	Dad gracias al Señor porque Él es bueno,
CONGREGACIÓN:	porque es eterna Su misericordia. AMÉN.

¹Jn. 10:27-28.

Recursos Litúrgicos

Por: MSc. Heber J. Sánchez Ordóñez

Confesión general de pecados, y oración antes del sermón, y en días de ayuno y oración

Oh eterno Dios y Padre misericordioso, nos humillamos ante Tu gran majestad, contra la cual frecuente y gravemente pecamos. Reconocemos que si Tú entraras a juicio con nosotros no mereceríamos más que la muerte eterna. Estamos profundamente conscientes de que, a causa de nuestro pecado original, somos inmundos ante Ti e hijos de ira. Como fuimos concebidos y nacidos en pecado, nuestra alma está llena de toda clase de malos deseos contra Ti y contra el prójimo. Continuamente transgredimos Tus mandamientos, ineptos para hacer lo que has ordenado y haciendo lo que expresamente has prohibido. Somos como ovejas que se descarrian; cada cual nos hemos vuelto a nuestro propio camino. Reconocemos nuestra rebeldía y nos arrepentimos de corazón por nuestros pecados. Confesamos para nuestra humillación y para alabanza de Tu misericordia que nuestras transgresiones son innumerables, y que nuestra deuda es tan grande que no podemos siquiera comenzar a pagarla. No somos dignos de ser llamados Tus hijos, ni de levantar nuestros ojos al cielo, hacia Ti, en oración.

Sin embargo, Oh Señor Dios y Padre de bondad, sabemos que Tú no deseas la muerte del pecador, sino que se vuelva a Ti y viva; sabemos que Tu misericordia hacia aquellos que se vuelven a Ti es infinita; y por ello nos atrevemos a clamar a Ti desde lo hondo de nuestros corazones, confiando en nuestro Mediador Jesucristo, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Rogamos que Tú, perdonando todos nuestros pecados por la obra de Cristo, tengas compasión de nosotros en nuestras debilidades. Lávanos en la fuente pura de Su sangre, para que seamos limpios y blancos como la nieve. Cubre nuestra desnudez con Su inocencia y justicia, por la gloria de Tu nombre. Libra nuestro entendimiento de toda ceguera, y nuestros corazones de todo orgullo y rebelión.

Abre ahora la boca de Tu siervo, y llénala con Tu sabiduría y conocimiento, para que pueda proclamar ardientemente Tu Palabra en toda su pureza. Prepara nuestros corazones para recibirla, entenderla y preservarla. Escribe Tu Ley, como has prometido, en las tablas de nuestro corazón, y danos el deseo y la fortaleza para andar en el camino de Tus preceptos, para alabanza y gloria de Tu nombre, y para edificación de la Iglesia.

Todo esto, Padre de gracia, Te lo imploramos en el Nombre de Jesucristo, Quien nos enseñó a orar diciendo:

Padre nuestro... AMÉN.

.....

Confesión pública de pecados, y oración antes del sermón

Padre celestial, eterno Dios misericordioso, reconocemos y confesamos ante Tu divina majestad que somos pobres y miserables pecadores. Hemos sido concebidos y nacimos en abierta impiedad y corrupción, somos proclives a toda clase de mal e incapaces por naturaleza de hacer bien alguno. Por nuestra vida pecadora transgredimos Tus santos mandamientos sin cesar, y por ello incurrimos en Tu ira y acarreamos sobre nosotros eterna maldición de acuerdo a Tu justo juicio.

Pero venimos en penitencia, Señor, y nos lamentamos por nuestros pecados cada vez que provocamos Tu ira. Traemos acusación contra nosotros mismos y nos sabemos culpables de transgresión. Pero ardientemente deseamos que puedas en Tu misericordia perdonar nuestras miserias. Ten compasión de nosotros, piadosísimo Dios y Padre, y ten a bien perdonar todos nuestros pecados por amor a la pasión de Tu bienamado Hijo, Jesucristo.

Concédenos también la gracia de Tu Espíritu Santo, para que Él nos enseñe a confesar nuestros pecados con sinceridad de corazón, a aborrecer el mal que hacemos, a negarnos a nosotros mismos; y para que nos guíe a la mortificación del pecado en nuestras vidas. Porque deseamos profundamente regresar a una vida verdaderamente santa, justa y aceptable a Ti por medio de Jesucristo.

Que te plazca también guiarnos a la comprensión de Tu santa Palabra según Tu divina voluntad, para que seamos enseñados a poner toda nuestra confianza completamente en Ti y a no apoyar nuestra fe en ninguna otra criatura. Que nuestra vieja naturaleza con todos sus

Recursos Litúrgicos

Por: MSc. Heber J. Sánchez Ordóñez

deseos pueda ser mortificada más y más cada día, y nos podamos ofrecer a Ti como un sacrificio vivo, para honor de Tu Nombre y edificación de nuestro prójimo.

Te rogamos también, Dios de gracia, que vuelvas a Ti en verdadera penitencia a todos los que se han apartado de Tu Palabra, porque deseamos profundamente que todos, como un solo corazón, podamos servirte en santidad y justicia todos los días de nuestra vida.

Esto Te lo pedimos por medio de Jesucristo, nuestro Señor, Quien nos enseñó y ordenó que oráramos diciendo:

Padre nuestro... AMÉN.

.....

Oración después del sermón

Oh Señor, Dios Todopoderoso, rogamos que Tu santo Nombre no sea blasfemado por causa de nuestros pecados, porque hemos pecado contra Ti en muchas maneras. No obedecemos Tu santa Palabra como nos corresponde. A través de la ignorancia, la ingratitude y el descontento provocamos diariamente Tu ira. Confesamos, Señor, que eres justo en castigarnos.

Pero Te rogamos, oh Señor, que recuerdes Tu gran misericordia y tengas compasión de nosotros. Enséñanos a conocer verdaderamente nuestros pecados, a arrepentirnos sinceramente de ellos y a enmendar nuestra vida. Fortalece a los ministros de Tu Iglesia para que puedan predicar Tu santa Palabra fiel y resueltamente. También, Señor, da fuerza a nuestros gobernantes para que blandan la espada de la autoridad civil en justicia y equidad.

Oramos particularmente por N- ...

Guárdanos, Te imploramos, de toda hipocresía e infidelidad, y frustra todo mal y designio oculto contra Tu Palabra y Tu Iglesia. Oh, Señor, no apartes de nosotros Tu Palabra y Tu Espíritu, sino danos crecimiento en fe, paciencia y perseverancia en todo sufrimiento y adversidad. Socorre a Tu Iglesia y libra a Tu pueblo de la oposición, la burla y la tiranía que sufre a manos de los impíos. Da fuerza de lo alto a aquellos cargados con dolores y penas. Y que Tu paz nos visite por medio de Jesucristo, nuestro Señor, que nos dio esta promesa segura: *En verdad, en verdad os digo que si pidieréis algo al Padre, Él os lo dará en mi nombre*, y nos hizo orar diciendo:

Padre nuestro... AMÉN.

.....

Sirvan éstas para recordarnos la forma y el espíritu con que los padres reformadores entendieron que debíamos acercarnos como pueblo de Dios a Aquél que vive y reina por los siglos. Así sea.